

D. JOSÉ JACINTO MILANÉS.

---

EL NIDO VACÍO.

CANCIÓN CILLA.

¡Ay! Los mis lindos amores  
Idos son, que yo los vi:  
Quedóseme el nido aquí.

Con alma casta y gozosa  
Cuidaba yo mis cariños,  
Como cuida de sus niños  
La bella y cándida esposa.  
Mas ¡ay! mi ternura hermosa  
Convirtióseme en dolores.—  
¡Ay! Los mis lindos amores  
Idos son, que yo los vi:  
Quedóseme el nido aquí.

No sé yo que cazador  
Lanzando un dardo cruel,  
Hirió el mismo nido, y dél  
Hizo fugar tanto amor.  
Pero ignorarlo es mejor  
Para omitir sinsabores.—



¡Ay! Los mis lindos amores  
Idos son, que yo los vi:  
Quedóseme el nido aquí.  
Desierto el nido ha quedado,  
Y en él espero á fe mía,  
Que resucite otro día  
Amor más afortunado.  
Mientras, diré lastimado  
Á mis antiguos dolores:—  
¡Ay! Los mis lindos amores  
Idos son, que yo los vi:  
Quedóseme el nido aquí.

#### LA FUGA DE LA TÓRTOLA.

##### CANCIÓN.

¡Tórtola mía! Sin estar presa,  
Hecha á mi cama y hecha á mi mesa,  
A un beso ahora y otro después,  
¿Por qué te has ido? ¿Qué fuga es ésa,  
*Cimarronzuela* de rojos pies?  
¿Ver hojas verdes sólo te incita?  
¿El fresco arroyo tu pico invita?  
¿Te llama el aire que susurró?  
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,  
Que al monte ha ido y allá quedó!

Oye mi ruego, que el miedo exhala.  
¿De qué te sirve batir el ala  
Si te amenazan con muerte igual,  
La astuta liga, la ardiente bala  
Y el cauto *jubo del manigual*?  
Pero ¡ay! tu fuga ya me acredita

Que ansias ser libre, pasión bendita  
Que aunque la lloro apruebo yo.—  
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,  
Que al monte ha ido y allá quedó!  
Si ya no vuelves ¿á quién confío  
Mi amor oculto, mi desvarío,  
Mis ilusiones que vierten miel,  
Cuando me quede mirando al río,  
Y á la alta luna que brilla en él?  
Inconsolable, triste y marchita  
Me iré muriendo, pues en mi cuita  
Mi confidente me abandonó.—  
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,  
Que al monte ha ido y allá quedó!

#### EL BESO.

De noche en fresco jardín  
Sentado estaba á par de ella:  
Yo joven: joven y bella  
Mi serafín.

Hablábamos del negror  
Del cielo, augusto y sin brillo,  
Del regalado airecillo  
Y del amor.

Hablábamos del lugar  
En que primero nos vimos;  
Y sin querer nos pusimos  
Á suspirar.

Á suspirar y á sentir  
Gozo, al volver á juntarnos:  
Á suspirar y á mirarnos,  
Y á sonreir.



Porque amor casto entre dos  
Es colmo de las venturas,  
Y unirse dos almas puras  
Es ver á Dios.

Una mano la pedí,  
Porque en sus lánguidos ojos  
Y en medio á sus labios rojos  
Brillaba el sí.

Ella, al oirme, tembló,  
Y en mí largo tiempo fijo  
Su dulce mirar, me dijo  
Tímida: *no*.

Pero era un *no* cuyo son  
Pone el corazón risueño:  
Un *no*, celeste halagüeño,  
Sin negación.

Por eso yo la cogí  
La mano, y con loco exceso  
Á imprimir sobre ella un beso  
Me resolví.

Beso que en mi alma crié  
En sueños de gloria y calma  
Y que por joya del alma  
Siempre guardé.

Puro como un arbol  
Que orna una tarde de Mayo,  
Y ardiente como es el rayo  
Del mismo sol.

Pero al besarla sentí  
Mi labio sin movimiento,  
Porque un negro pensamiento  
Me asaltó allí.

¿Quién sabe si el vivo ardor  
De mi boca osada, ansiosa,  
No iba á secar ya la rosa  
De su pudor?

¿Quién sabe si tras mi fiel  
Beso, otro labio vendría  
Que ambicioso borraría  
Las huellas de él?

¿Quién sabe si iba el desliz  
De mi labio torpe insano  
Á volver su mano, mano  
De meretriz?

Mano asquerosa infernal  
Para el alma del poeta:  
Que sufre el beso y aprieta  
El vil metal.

Así pensé.... y fuime en paz,  
Dejándola intacta y pura;  
Y lágrima de dulzura  
Bañó mi faz.

#### DE CODOS EN EL PUENTE.

San Juan murmurante, que corres ligero  
Llevando tus ondas en grato vaivén,  
Tus ondas de plata que bate y sacude  
Moviendo sus remos con gran rapidez  
(Monstruoso cetáceo que nada á flor de agua)  
La lancha atestada de pipas de miel:  
San Juan, ¡cuántas veces, parado en tu puente  
Al rayo de luna que empieza á nacer,



Y al soplo amoroso de brisas fugaces  
Frescura he pedido que halague mi sien!  
Entonces un aura, la más apacible  
Que en ondas marinas se sabe mecer,  
Que empapa sus alas en ambar suave,  
Y á aquel que le implora le besa fiél,  
Haciendo en las olas que mansas voltean,  
Un pliegue de espuma, deshecho después,  
Llegaba á mis voces, cercábame en torno,  
Bañando mi frente de calma y placer:  
Y yo silencioso y á par sonriendo,  
Á Dios daba gracias del hálito aquel,  
Del beso del aura que es casi tan dulce  
Como es el de amores que da una mujer.

Mas siempre que pongo, San Juan murmurante,  
El codo en el puente, la mano en la sien,  
Y siempre que miro los rayos de luna  
Que van con tus ondas jugando tal vez,  
Cavilo qué fuiste, cavilo lo que eres:  
Y allá en las edades que están por nacer,  
Medito si acaso serás este río  
Que surca la industria con tanto batel,  
Ó acaso un arroyo sin nombre, sin linfa,  
Que al pie de un peñasco, sin ser menester,  
Estéril filtrando, te juzgue el que pase  
Vil hijo de un monte sin nombre también;  
Que al paso que llevan los varios sucesos  
Que nunca atrás vuelven el rápido pie,  
No extrañan los ojos ver llanos mañana  
Los cerros cargados de quintas ayer.

Asáltame á veces algún pensamiento  
Que el seno me oprime, y el débil poder  
Del ánimo triste, ni basta á templarle,  
Ni estorba tampoco que hiera cruel.  
Amante ardoroso del arte divino  
Que esparce los rayos del claro saber,  
Sectario constante de todas ideas

Que al lento progreso le suelten el pie,  
Desnudo de fuerza, privado de apoyo,  
Engasto en la rima, que sabe correr,  
Los gritos, los ecos de hermosa cultura  
Que atajen los males y tiendan al bien.  
Mas ¡ay, manso río! que van mis canciones  
Como esas tus ondas, que en dulce lamer  
Las unas tras otras tus márgenes corren,  
Y allá en la bahía se pierden después.  
Y no me conceden los mudos destinos  
La gloria profunda y el hondo placer  
De verte ¡oh Matanzas! ciudad adorada,  
Que en dobles corrientes el rostro te ves,  
Colmada de fuerza, colmada de industria,  
Feliz acogiendo sin agrio desdén  
Las artes hermosas, que vagas mendigan,  
Y al vicio dedican su triste niñez.

Con todo, yo espero (porque es la esperanza  
La amiga que el vate no puede perder)  
Que vean mis ojos un alba siquiera,  
Si un sol de cultura mis ojos no ven.  
Si no, ¿de qué sirven, San Juan apacible,  
Tus aguas que brillan en manso correr,  
Tus botes pintados de rojo y de negro,  
Que atracan airosos á tanto almacén,  
Y el canto compuesto de duros sonidos  
De esclavos lancharos que bogan en pie,  
Y alzando y bajando las palas enormes  
Dividen y azotan tus ondas de muer?



LA MADRUGADA.

¿Puede haber cosa más bella  
Que de la arrugada cama  
Saltar, y en la fresca grama  
Del campo estampar la huella?

Campo digo; porque pierde  
La mañana su sonrisa,  
En no habiendo agreste brisa,  
Mucho azul y mucho verde.

No hay que gozarla en ciudad:  
En todo horizonte urbano  
Se estaciona de antemano  
Triste vaporosidad.

Luego ved tanto edificio  
Alto, serio.... ¡Angustia dan!  
El alba, el sol, allí están  
Como sacados de quicio.

No: yo he de andar á mis anchas  
Una campiña florida,  
Por ver del alba querida  
La faz virgen y sin manchas.

Verla en Oriente lucir,  
Díafana, rosada, bella,  
Como una casta doncella  
Que enamora al sonreír.

Yo no sé cómo hay cabeza  
Tan interesada y fría,  
Que no ame, al rayar el día,  
La hermosa naturaleza.

Vedla rejuvenecerse,  
Vedla rodar con el río,  
Brillar pura en el rocío,  
Con los árboles mecerse.

Arrastrada en el reptil,  
Fiera y alzada en el bruto,  
Dulce en el colgado fruto,  
Risueña en la flor gentil.

¡Oh Dios!.... Allá en mis niñeces,  
Antes de brotarme el bozo,  
¡Con qué sencillo alborozo  
Vine á ver esto mil veces!

Ya una errante mariposa  
Con su matiz me atraía,  
Ya olvidado me ponía  
Á contemplar una rosa.

Siempre alegre.—Ya se ve:  
Nunca entonces cavilaba,  
Ni mis cejas arrugaba  
Algún triste no sé qué.

Después, como entré en más años,  
Y como vi una hermosura,  
Tuve por triste locura  
Ver sol, montes y rebaños.

¡Qué ingrato fui!—Pero bien  
Se vengó naturaleza:  
Aquella ingrata belleza  
Olvidóme con desdén.

Vertí un mar de llanto: el alma  
No se me hallaba sin ella....—  
Al fin una amiga estrella  
Dolióse y me puso en calma.



¡Oh, qué dolor tan agudo  
Es olvidar!.... Pero al cabo,  
Rotos los grillos de esclavo,  
Curóme el médico mudo:

El tiempo, el tiempo veloz,  
Que tiñe nuestras cabezas  
De blanco, y tantas bellezas  
Deja sin luz y sin voz.

De entonces acá me place  
Ver la escena matutina  
Segunda vez;—medicina  
Celestial que me rehace.

Con todo, mis cicatrices  
Se ensangrientan y suspiro  
Á donde quiera que miro  
Dos amadores felices.

Y aun con menos ocasión:  
Si oigo el suspirar alterno  
De dos palmas, en lo interno  
Se me angustia el corazón.

Si en un ramo miro á solas  
Dos aves cantar querellas,  
Si relucir dos estrellas,  
Si rodar dos mansas olas:

Si dos nubes enlazarse  
Y por el éter perderse;  
Si dos sendas una hacerse,  
Si dos montes contemplarse:

Me paro, y con ansiedad  
Recuerdo que á nadie adoró:  
Miro tanto enlace y lloro  
Mi continua soledad.

VAGOS PASEOS.

Noche de amor y fortuna,  
Noche bella entre las bellas  
Aquella en que sin estrellas  
Brilla en el cielo la luna.

Y en la celeste región  
Blancas las nubes se mecen,  
Que desde lejos parecen  
Suelos copos de algodón.

Entonces dulce es dejar  
La comenzada novela,  
Buscar la brisa que vuela,  
Y por las calles vagar.

Mas vagar sin fin no debe  
El que por gozar pasea:  
Ir sin misteriosa idea  
Como un hombre de la plebe,

Que con el fastidio esquivo  
Se da siempre un encontrón,  
No debe ser la intención  
Del poeta discusivo.

¿Faltaránle al trovador  
Una reflexión doliente,  
Blandos suspiros de ausente,  
Tiernas lágrimas de amor?

¿Ó la escena que algún día  
Leyó en un cuento florido,  
Que le deje sumergido  
En dulce melancolía?